

Patrulla en el Antártico

Ricardo Novatti

LA jornada llegaba a su término. Todos colaboraban física y mentalmente para darle fin lo más pronto posible. El trineo estaba algo descalabrado. Las planchas metálicas que revisten los patines amenazaban desprenderse en varios lugares. Los perros se habían portado de manera en especial abominable. El conductor había prometido "in mente" y de palabra —pero, con cuáles— innumerables tormentos a los benditos canes. Ese día sintieron particular interés por cuanto foca hallaron al paso. Y por las que quedaban fuera de ruta (que resultaron las más...) Caful, abreviatura de Calfulcurá, perro de tercera tanda, tiraba mal y había vomitado dos veces durante la jornada. Tragón insaciable, se había atracado de comida tres horas antes de partir, en un descuido del dueño de jauría.

El camino que seguían atravesaba una bahía totalmente congelada. La huella zigzagueaba sorteando grandes témpanos aprisionados por el mar helado. Allí se erguían desde hacía años muchos de ellos, de color celeste cielo

o verde de epidota. El trineo brincaba alocado, a veces, sobre los "sasstruggi"¹ de más de medio metro de altura y bordes filosos. Más adelante, con suerte, corrían sobre una pulida cancha de hielo azulado. El espesor del piso era suficiente para soportar centenares de toneladas de peso y tan transparente que podía apreciarse su estructura con miles de trozos de hielo opalescente y bordes redondeados incluidos en la helada masa verdosa. Parecía la representación a escala gigantesca de un corte de roca listo para ser observado al microscopio. A trechos, el pavimento no era más que una enorme lámina de cristal. Su estructura homogénea recordaba esos vidrios de gran espesor que se colocan a manera de piso para iluminar los subsuelos. Tan lisa era su superficie que en ocasiones los perros resbalaban y el trineo "coleaba" de manera odiosa. La carga —cien kilogramos de exceso— estaba trincada con maestría y los comentarios entre risas e interjecciones delataban el orgullo de la faena que descartaba el peligro de un vuelco.

¹ *Sasstruggi*: estructura de hielo a manera de olas congeladas, acción combinada de nieve y bajas temperaturas.

VIAJES Y CRÓNICAS

El tiempo era bueno, con luz radiante, calmo y frío, muy frío. Los tres componentes de la patrulla y el trineo eran una manchita oscura y alargada que avanzaba lentamente. A los hombres los reunía una camaradería que contenía gran dosis de afecto. La naturaleza del medio hostilizándolos de continuo pero con nobleza, actualizaba lo que de bueno posee cada individuo. El incapaz, el inútil, el apático, no llega hasta allí; y si llega queda pronto eliminado. El renunciamiento en favor del camarada es la norma. El bienestar propio es el bienestar colectivo. Cuando no se considera así, pronto llega la sanción. En forma de indiferencia por parte de los demás. El reproche —a veces el desprecio— que se adivina al alcanzar una galleta o servir un jarro de café abochornan al culpable más que un insulto afrentoso o un reproche violento. El malhumor, cualquiera sea su origen, se resuelve en meteórica disputa. El factor desencadenante es siempre una futilidad. A continuación se recupera el equilibrio. Si queda rencor —algunos son capaces de ello— se posterga su manifestación. El deber se impone. Y también el instinto de conservación. El recuerdo de las querellas saldadas y pasadas, discusiones volcánicas en tierras heladas, son los grandes éxitos de hilaridad al cabo de pocos meses.

La misión, que estaba en sus jornadas finales, consistía en la instalación de depósitos y víveres de patrulla y almacenamiento de carne de foca para facilitar la penetración hacia el sur del continente sobre la costa del

mar de Weddell. Iniciaron la patrulla en un luminoso y calmo día de setiembre, desde el destacamento Esperanza en el extremo noreste de la península antártica². A la distancia en el tiempo, los días transcurridos parecían semejantes entre sí. Pero habían sido ricos en experiencias y alternativas; al leer el diario de campaña se apreciaban las diferencias.

El frío era intenso, el camino penoso y las dificultades abundaban. Pero el espíritu del grupo se mantenía en un nivel óptimo. Se sentían capaces y la naturaleza era un enemigo hermoso y noble. La salud buena y el agotamiento al final de cada jornada era anticipo de un descanso inefable y merecido. La mayor parte del trayecto se hacía sobre el mar helado, sorteando islas y junto al continente. Este, en grandes extensiones, no era transitable pues se elevaba hacia el interior con innumerables colinas. Los grandes glaciares que descendían hacia el mar desde las alturas se presentaban surcados de áreas con grietas ocultas. Las zonas “florecidas” o en “coliflor” —humorísticamente llamadas así— obligaban a veces a grandes rodeos y su superficie era de hielo durísimo cubierto en ocasiones de nieve fresca.

A cuarenta kilómetros del destacamento transpusieron el canal del Príncipe Gustavo entre dos grandes islas y armaron campamento. Los días se alargaban ostensiblemente aunque el invierno continuaba; el cansancio los enmudecía. Mientras uno de ellos desenganchaba los perros, los otros arma-

² A los 63° 16' de latitud sur y 56° 49' de longitud oeste.

ron la carpa. Los animales recibieron su ración de "pemmican"³, de insultos, coscorriones, caricias y palabras amables. Una vez atados a la maroma de campaña y en la seguridad que sus respectivas ataduras no le permitirían soltarse durante la noche y destrozarse mutuamente, el operador se llegó a la carpa en busca de ropa seca y comida caliente.

Este fué el programa —con variantes— para cada día. Hubo jornadas con trechos fatigosos, donde el malhumor alcanzaba los límites del peligro. Pero el espíritu de equipo se sobreponía a la situación personal. La temperatura ascendía cerca del 0° centígrado, la nieve fresca alcanzaba gran espesor y se centuplicaban los esfuerzos para poder avanzar sobre el pastoso colchón blanco.

A los diez días de marcha —en jornadas irregulares— acamparon en proximidades de una gran laguna abierta en el "pack"⁴. Diez mil metros cuadrados de aguas libres sobre cuyas orillas sesteaban algunas focas "cangrejas" (*Lobodon carcinophagus*) mientras otras retozaban en el agua en compañía de "orcas" (*Orcinus orca*) y algunas ballenas que no pudieron identificar. Era un "territorio de nadie" y las orcas habían convenido una tregua con los demás habitantes de la charca.

Pero lo que impresionaba era el conjunto en su totalidad. Hacia un

costado, los farallones veteados de hielo y nieve de la isla Carlson se presentaban en el ambiente gris a manera de absurdo telón de fondo. Como es frecuente en aquellas latitudes, la perspectiva se falseaba totalmente. La isla se resolvía en dos dimensiones. Delante de ella, un escenario horizontal, blanco y poco profundo en apariencia cuando en realidad medía algo más de diez kilómetros, se poblaba de focas tumbadas. En primer plano la laguna de agua verde metal vibraba con los resoplidos de los monstruos que asomaban sus grandes testas triangulares. La vibración que producían con sus aspiraciones contrastaba con el silencio con que curvaban el macizo cuerpo al continuar la parábola de inmersión.

El espectáculo los detuvo durante horas. Más allá, sobre un islote bien destacado, establecieron un depósito de víveres y en las inmediaciones uno de carne de foca para los perros. La matanza y faenamiento de los animales los ocupó durante dos días. La temperatura comenzó a descender hasta llegar a los 30° centígrados bajo el cero, y la roña y olor a sangre y a grasa quedaron neutralizados.

En el refugio "Libertador", sobre la isla Carlson se tomaron tres días de descanso. El tiempo frío, calmo, con un sol que brillaba y quemaba como sólo puede hacerlo en el Antártico, los compensó de las fatigas pasadas. Se ha-

³ *Pemmican*: alimento comprimido y desecado a base de carne cocida, grasa, hueso molido, vitaminas, etc., que se suministra a los perros en campaña o en las bases cuando no es posible alimentarlos con carne fresca de foca. Con variantes lógicas en su composición se fabrica *pemmican* para consumo de los hombres en patrulla, de gusto muy agradable y alto contenido calórico.

⁴ *Pack*: superficie compacta que presenta el mar al congelarse, pero en grandes extensiones. Los trozos a la deriva desprendidos del *pack* forman el *pack-ice*.

VIAJES Y CRÓNICAS

llaban a 200 kilómetros del punto de partida. Se agasajaban mutuamente desde el mismo momento del despertar cada mañana y pusieron los equipos en orden. Completaron los planos del recorrido, señalaron en detalle las referencias útiles, los accidentes de la costa y del camino recorrido. La riqueza de observaciones biológicas recogidas a lo largo de la ruta eran dignas de destacarse. En una zona próxima a isla Carlson y en dirección al sur habían registrado una gran mortandad de focas cangrejeras, y los abortos presentaban sus huellas inconfundibles. Aquí y allá, los pequeños cadáveres con el lanugo fetal espeso y ligeramente rizado, testimoniaban una de las tantas tragedias antárticas. Independiente de ello, centenares de ejemplares adultos muertos se hallaban distribuidos en una amplia superficie⁵. El registro o censo de los cadáveres hallados, demostraba que muchos de ellos no mostraban lesiones visibles ni afecciones como las descritas al pie. Los cuerpos se presentaban en posiciones naturales y el estado de conservación indicaba su muerte reciente. No era raro tampoco que junto a algunos cadáveres montara todavía una ceñosa guardia, el compañero o compañera sobreviviente. La idea de una epidemia surgió inmediatamente a la vista de aquellos cuerpos y la posibilidad de un virus como causante fué la que primó en la discusión común del caso.

De regreso hacia Esperanza, al cabo

de ocho fatigosas jornadas, llegaron al refugio "Cristo Redentor", a sólo 28 kilómetros de la base. Esquiando y caminando en ocasiones, durante los tres días que allí pasaron, dos espectáculos inolvidables grabaron la permanencia junto a la orilla de esa gran bahía que estaban terminando de atravesar al comienzo de este relato.

Como los crepúsculos se prolongaban con alarde espectacular por detrás de las colinas a espaldas del refugio, acostumbraban a observarlos durante un par de horas. La luna, marchando hacia su ocaso, aunque retrasada con respecto al sol, quedaba invisible por el poniente resplandor de aquél. Cierta atardecer, entre dos colinas, contra el oeste luminoso aún, la luna se "hizo" su propia noche —manto oscuro con suavidad de murciélagos— y brilló largo rato rodeada de estrellas enormes y guiños desafiantes... A medianoche todas las galaxias, todos los sistemas errantes del infinito en este hemisferio inmovilizaban a los tres hombres sobre el mar helado en medio de un silencio nunca conocido, de una calma donde 30° centígrados bajo el cero "adelgazaban" el ambiente a extremos increíbles y la pureza de la atmósfera acercaba las estrellas a la tierra. La capa de agua congelada transmitía a intervalos irregulares el llamado de una foca viajera, desde kilómetros de distancia, una nota atónica imposible de localizar en su origen.

Todavía les faltaba ver lo que po-

⁵ La foca cangrejera es un animal que, a menudo, se presenta (en muchos casos observados) sufriendo de procesos infecciosos con localizaciones rinales. Se nota una abundante secreción nasal, blancuzco amarillenta, maloliente. No son raros tampoco los abscesos, tumores y otras manifestaciones similares a los costados de la nariz, boca u ojos. Pese a su gran vitalidad es evidente que el pobre animal sufre con estas afecciones.

cos ojos humanos han visto, y la naturaleza fué generosa concediéndoselo. Uno de esos hombres, inquieto buscador de sensaciones, decidió investigar la boca de la bahía. Con los prismáticos había descubierto algo indefinible cerca del mar. Allá fueron con el trineo descargado. Cinco millas de carrera, una hora de viaje. El desarrollo de la bahía junto al mar, era de unos doce kilómetros. A lo largo de esa extensión y hasta una profundidad de quinientos metros, treinta, cuarenta mil focas cangrejales se habían concentrado en anticipo de jornadas amorosas. Varias parejas de machos disputaban en medio de parchones sangrientos. Las amplias "plazas" de lucha se marcaban con un lodo compuesto de dos elementos: nieve y sangre, abundantes ambos. Era una mezcla escarlata, chispeante al sol, y los cuerpos color de miel de los que luchaban se erguían resoplantes sobre sus tercios posteriores en un alarde plástico asombroso.

Entre los grupos de focas en reposo, se asentaban aquí y allá, en largas filas, docenas de petreles "de las nieves" (*Fagodroma nives*), más blancos que la nieve misma. En la orilla aterrizaban los pingüines "de barbijo" (*Pygoscelis antarctica*) saltando verticalmente fuera del agua, a la manera de muñecos-sorpresa.

Las altas orillas de la península Tabarin que limitan bahía Duse por el noreste, y las islas que marcan la entrada del canal del príncipe Gustavo hacia el suroeste se destacaban por sus tonos rojos de óxido de hierro al que un brillante sol fijaba en parches gigantescos. El mar tenía un tono azul de cobalto e impresionaba con densidad de petróleo. A la distancia las olas centelleaban empenachadas de blanco completando la hipnotizante fascinación que sufrían aquellos hombres. Habían quedado para siempre encadenados, aunque sin saberlo todavía, al hechizo del Antártico.